

---

# EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917  
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata  
Buenos Aires, Argentina

## Tres notas ornitológicas Tremoleras, J. 1934

Cita: Tremoleras, J. (1934) Tres notas ornitológicas. *Hornero* 005 (03) : 390-396

[www.digital.bl.fcen.uba.ar](http://www.digital.bl.fcen.uba.ar)  
Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales  
Universidad de Buenos Aires

En los últimos meses (desde Octubre) manifestó como una debilidad o parálisis en las patas, que le entorpecía en sus movimientos, llegando a no poder sostenerse en los barrotes, ni caminar, debiendo ayudarlo para su baño y dejándolo después en libertad al sol, pues se volvió también incapaz de volar. Estos achaques persisten actualmente y sólo con grandes esfuerzos, a saltitos y batiendo las alas, logra ir de un extremo a otro de la jaula, o acercarse para recibir el alimento, en el que ahora predomina la carne picada, la que sabe pedir, piando débilmente como un pollito recién nacido. No obstante tan lastimosas condiciones, no da señales de enflaquecimiento y sigue alimentándose bien, lo que demuestra su extraordinaria vitalidad.

El otro ejemplar de la misma nidada, criado por el Sr. Gavio, y que figura en la foto, ha sufrido idéntico proceso en su coloración, que se mantiene pardusca en vez de amarilla. La cola igualmente gastada y casi inexistente; el pico con una pequeña anomalía en un costado, en que el borde superior sobresaliente abraza, cerca de la extremidad, un segmento del inferior. Por lo demás, aparenta hallarse en mejores condiciones de salud que su hermano, siendo su agilidad normal, así como su alimentación, compuesta exclusivamente de carne picada.

Desde el mes de Febrero último se observó en ambos ejemplares que la coloración del pecho se volvía más clara, con el fondo más amarillento, como tornando a su color primitivo, aunque conservando siempre las estrías negras o parduscas (1).

(1) El 12 de abril último murió el ejemplar en mi poder, después de un año y cinco meses de cautividad.

## TRES NOTAS ORNITOLÓGICAS

Por JUAN TREMOLERAS

**Chloris chloris (L.), un nuevo miembro de la fauna uruguaya.** — Hace cuatro años, poco tiempo después de abandonar la ciudad de Montevideo para establecerme en este distrito (Peñarol), recibí de un museo del extranjero el encargo de reunir una colección de aves uruguayas, especialmente algunas del departamento de Rocha. Por enojosas razones que aquí huelgan, me vi obligado a demorar durante más de un mes mi partida hacia aquel departamento, y a fin de ir aprovechando el tiempo, decidí coleccionar en el de Montevideo, con cuyo objeto me aseguré la colaboración de tres muchachos. Uno de estos prometió traer «canarios de la sierra», lo que acepté, manifestándole que los compraría siempre

que no se tratara de «dorados» (*Sicalis Pelzelni* Sel.), que algunos designan bajo aquel nombre. Pocos días después tuve en mis manos la hasta entonces para mí enigmática avecilla, que resultó ser el verderón europeo (*Chloris chloris* L.). En el primer momento pensé que se trataba de algún ejemplar escapado de jaula, no obstante el muchacho haberme dicho que era común en estos alrededores. Y en efecto, poco después pude comprobar que éste tenía razón: a unos cien metros de la casa que habito, comienza una extensión de campo sin cultivar, de unas catorce hectáreas (restos de una antigua estancia), donde crece abundantemente el cardo de Castilla (*Cynara cardunculus* L.). Durante el verano se pueden ver numerosos ejemplares del verderón sobre estas plantas, a las que acuden, sin duda alguna, para devorar sus frutos o granos.

Parece que este fringílido nidifica no muy lejos de aquí, en un monte artificial próximo al arroyo Miguelete. No se me ha ofrecido aún oportunidad de verificar el hecho, pero entre las tres pieles que tengo el agrado de remitir con destino a la colección de la S. O. P., va la de un pichón cazado en aquel monte por uno de mis jóvenes colaboradores y que, ya al primer examen, no deja dudas de que el pajarito debió abandonar el nido muy poco tiempo antes de ser capturado.

Hablando sobre esta especie con varias personas de mi relación he obtenido los siguientes datos. Una de ellas cazó un ejemplar vivo en el Prado hará unos cuatro años y lo tuvo en jaula durante dos o tres meses. Otra ha capturado varios ejemplares en Colón y un cazador coleccionista me asegura que también se encuentra en Carrasco. Como se ve, el verderón europeo se ha incorporado a la fauna uruguaya dada su aparición en el departamento de Montevideo, donde se reproduce desde hace más de cinco años, según datos dignos de crédito que he podido recoger. Ignoro si se ha extendido por otros departamentos, pero, aunque su propagación no es deseable, jamás constituirá una plaga tan temible como la del gorrion, ya que no es una especie parásita, que como aquél, viva a expensas del hombre, sino que, al contrario, huye de él debido a su condición huraña o arisca. Además, se alimenta de granos o semillas de plantas silvestres, algunas tóxicas, no acercándose nunca a los graneros ni a los corrales de aves por mucho que le acose el hambre. Su plumaje, si bien no es brillante, es hermoso comparado con el del gorrion y en lo referente a su canto, aunque sencillo, compuesto de tres o cuatro notas, es suave y muy agradable al oído, como lo he podido comprobar personalmente.

En cuanto a los nombres vernáculos de «canario de la sierra» y «canario del monte» los he oído solamente de boca de los muchachos de estos alrededores. Las demás personas con quienes he hablado sobre este pájaro le han llamado correctamente «verderón», nombre que se le da en España que, por cierto, es el país de Europa donde más abunda.

**Nido de hornero en un farol de alumbrado público.** — Nuestra revista EL HORNERO, justificando su título, ha publicado desde sus primeros números diferentes y curiosas situaciones de nidos del útil y simpático furnárido, observadas por varios colegas de la S. O. P. A esa interesante serie de nidificaciones, agregaré hoy una que tuve oportunidad de conocer en el pueblo de Fraile Muerto, departamento de Cerro

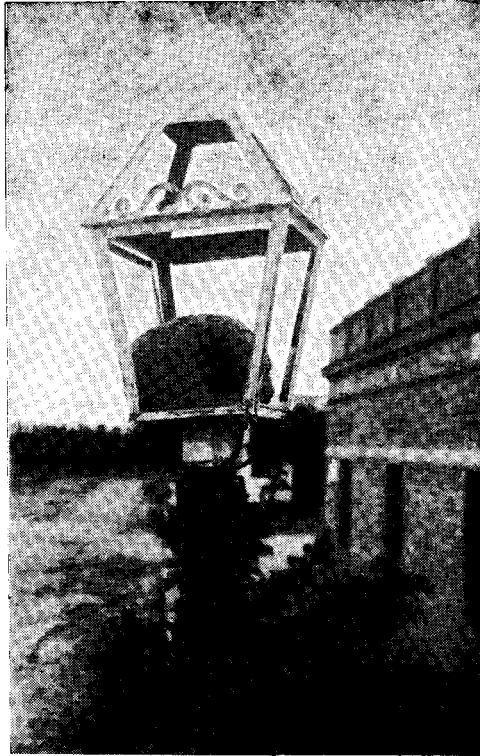


FIG. 1. — Nido de hornero en un farol.

Largo, a mediados de mayo de 1930. En momentos en que me dirigía a la estación del ferrocarril para regresar a Montevideo, vi en la esquina de un edificio un farol mural del antiguo alumbrado público, sin vidrios ya, conteniendo un nido de hornero. Como disponía de escaso tiempo y no tenía conmigo aparato fotográfico, me vine con el sentimiento de no haber logrado un recuerdo que representara la curiosa nidificación. Pocos meses después, enterado de esto mi muy distinguido amigo el doctor Mario Montoro Guarch, tuvo la gentileza de molestarse en hacer indagaciones al respecto, de las cuales resultó que el nido había sido retirado del farol, pero halló en el mismo pueblo otro nido de hornero construído igualmente dentro de un viejo farol, con la sola diferencia de que este último no era mural, sino de los que reposan sobre columnas fijadas en el cordón

de las aceras. Acompañó la linda fotografía tomada por el doctor Montoro Guarch, a quien reitero aquí mis agradecimientos por su bondadosa cooperación.

**Nidificación de la ratonera (*Troglodytes musculus bonariae* Hellm.).**

— Una pareja de ratoneras, que creo sea siempre la misma, viene construyendo sus nidos, desde hace cuatro años, en la casa que habito o bien en lugares muy próximos, nunca a mayor distancia de cinco o seis metros de aquella. Es cierto también que he tratado de ayudar su nidificación desde la primavera de 1929, en cuya época coloqué debajo del alero del tejado de casa un nido artificial, consistente en una casilla o cajoncito de 0,16 de frente por otro tanto de altura y 0,10 metro de fondo. El tablerito del frente estaba provisto de un agujero circular de 2½ centímetros escasos de diámetro (en previsión del atrevimiento de los gorriones), que servía de entrada al nido y llevaba debajo una tablita de arriba o umbral para que los pájaros pudieran entrar y salir con comodidad. En seguida de asegurado este nido contra la pared y como lo había previsto, los gorriones acudieron a posesionarse de él, pero la abertura era demasiado estrecha para dar pasaje a sus cuerpos. Entonces, de acuerdo con la condición agresiva, característica de este pájaro antipático y dañino, empezaron a picotear con verdadero furor los bordes del agujero, mas resultándoles la madera algo dura tuvieron que desistir de su empresa. Pocas horas después apareció una de las ratoneras, que inmediatamente se introdujo en el cajoncito, salió a los pocos segundos, y luego de dar unos saltitos por el techo volvió a entrar en aquel. Estas dos breves visitas, —de inspección, según parecía,— fueron repetidas unas cinco o seis veces. Satisfecha sin duda la ratonera de las comodidades que ofrecía la vivienda visitada, se presentó poco después con una raíz seca de planta, unas tres veces más larga que el cuerpo del pajarito y, aparentemente, de unos tres milímetros de diámetro. Hasta cerca de la puesta del sol estuvo acarreado raíces y también tallos secos, ya de aquel tamaño, ya más pequeñas. Fué con verdadero interés que observé el medio de que se valía la ratonera para introducir en el cajoncito esas largas raíces y ramitas por un orificio tan pequeño. Al llegar al nido con una de estas, siempre la traía sujeta por el medio, en sentido trasversal al pico, de modo que la entrada del pajarito era imposible, debido a que la longitud de la ramita o raíz rebasaba siempre de varias veces el diámetro del agujero. Pero la ratonera, al posarse en la tablita de arriba, dejaba caer sobre ésta la ramita y la tomaba nuevamente con el pico, pero *por uno de sus extremos*, de modo que pico y ramita formaran los lados de un ángulo muy agudo, quedando la segunda casi paralela al cuerpo de la ratonera, pudiendo así entrar con facilidad pájaro y carga simultáneamente.

Al construir el nido artificial con el solo objeto de favorecer la repro-

ducción de esa pareja de ratoneras, no le hice una puerta lateral que permitiera la observación de la cantidad de huevos, tiempo de incubación, etc. Sólo puedo decir que poco después de un mes de haberse instalado las ratoneras en él salieron fuera tres pichones, los que durante unos seis o siete días recorrieron las plantas del jardín en compañía de los padres, desapareciendo después.

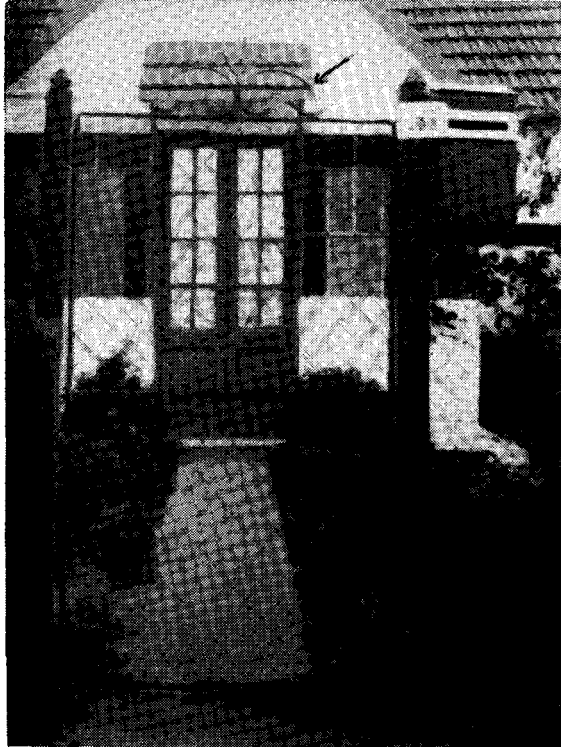


FIG. 2. — Extraña ubicación del nido de la ratonera, *Troglodytes m. bonariae*.

En la primavera siguiente, esto es, en la de 1930, otras tareas no me permitieron ocuparme de las ratoneras, ni siquiera hacerles un nuevo nido artificial, pero ellas encontraron uno que llenó ampliamente sus necesidades y también, al año siguiente, mis deseos de observación. En la fotografía anexa se puede ver en primer plano un portoncito de hierro y alambre tejido, que gira mediante goznes fijados a un poste y este lleva en su extremo superior el número de la casa, a cuyo lado y a 1.70 metros del suelo, está instalado un buzón para las cartas.

Fué esta caja de madera la que eligieron las ratoneras como nuevo hogar para aquella primavera, ofreciéndoles la abertura o buzón propiamente dicho, una amplia entrada para introducir fácilmente los materiales desti-

nados al nido. En cuanto observé los primeros acarreos de tales materiales presumí que las ratoneras desistirían de anidar allí, teniendo en cuenta que el portoncito es el que sirve de entrada a la propiedad, que se abre y cierra más de veinte veces al día para dar paso a los habitantes de la casa, visitas, proveedores, etc. y que al hacerlo, el poste contra el cual está el buzón trepida de manera muy sensible. Fuera de esto, los chicos que en numerosos grupos van y vienen de la próxima escuela, pasan al lado mismo del buzón dando gritos y arrojando piedras; todo lo cual me afirmaba en mi presunción de que los pajaritos no llevarían adelante sus trabajos para anidar allí. Sin embargo, me equivoqué completamente, pues las ratoneras han hecho su nido y criado los pichones durante tres años seguidos dentro de esa «casilla postal». De la nidada de 1930 poco puedo decir, pues, según he manifestado más arriba, otras tareas absorbieron mi atención. Sólo recuerdo que a su tiempo, de cinco huevos nacieron tres pichones, los que después de vivir en compañía de los padres durante una semana o poco más, desaparecieron de este sitio. Pero, a la primavera siguiente o sea la de 1931, pude dedicar a las ratoneras el tiempo suficiente y llevar un diario de observaciones, del cual extracto lo que va a continuación.

Durante los días 8 y 9 de octubre las ratoneras hicieron continuas visitas al buzón y recién el día 10 comenzó el macho (que es el único constructor del nido) a traer ramitas y raíces secas que encontraba en el jardín, casi al pie del buzón. No obstante tener tan cerca los materiales de construcción, ésta duró más de una semana, pues no estuvo terminada hasta el día 19. Desde esta fecha hasta el 23 el nido permaneció vacío. El 24 contenía un huevo y desde ahí hasta el 28 inclusive, la hembra puso uno diariamente: en total cinco huevos. La incubación empezó el día 31 y duró hasta el 12 del mes siguiente, o sea noviembre. El 13 había dos pichones en el nido; de manera que la incubación dura de doce a trece días. Cuatro días después, el 17, observé que no había en el nido más que los dos pichones, bastante desarrollados, cubiertos ya de plumoncillo y ocupando con sus cuerpos todo el fondo del nido. El 20 de noviembre, los dos pichones, muy desarrollados, de tamaño una mitad menor que el de los padres, presentaban las pterilas alares y caudales bien provistas ya de plumas. Tres días después estaban completamente emplumados, alcanzando el día 26 el tamaño de los padres. El 29 de noviembre abandonaron los pichones el nido y acompañados de aquéllos anduvieron durante unos siete días revoloteando y «deslizándose» entre las plantas, posándose en el alambre tejido, etc., desapareciendo luego de los alrededores del lugar donde nacieron.

En la primavera siguiente o sea la del año pasado no pude dedicar mi atención a las ratoneras, ni siquiera retiré del buzón el nido del año anterior, pero la pareja volvió a construir uno sobre el nido viejo. La nidada constaba ctra vez de cinco huevos, de los que nacieron sólo tres pichones. Estos se criaron perfectamente hasta que abandonaron su albergue y luego de

acompañar a los padres durante unos días, desaparecieron como en los casos anteriores. Después de esto retiré el cajón de correspondencia, que ya estaba en mal estado, y no queriendo dejar a la pareja desamparada, construí un nido artificial igual al descrito al principio de esta nota, proveyéndolo de una puerta lateral de observación. A mediados de octubre último, el macho terminó el nido dentro del cajoncito, pero fué abandonado para nidificar debajo de las tejas que, a manera de marquesina, descansan sobre un armazón forrado de madera, existente encima de la puerta de entrada de la casa. En la fotografía puede verse una flecha que indica el punto por donde salen y entran las ratoneras al nuevo nido. En el momento en que escribo esto, veo como los padres traen alimentos para los pichones. Entre aquéllos puedo distinguir algunas veces pequeños insectos, larvas, pero más a menudo, lombrices de tierra. Este nido es inaccesible, tanto a mis manos como a mi vista, por cuya razón nada puedo decir sobre cantidad de huevos, pichones nacidos, etc.

De todo lo que antecede debo hacer resaltar los siguientes puntos sobre la biología de nuestra ratonera, que creo aún no han sido bien fijados (a excepción quizás del número de huevos de cada nidada).

1º — *Troglodytes m. bonariae*, al igual de sus congéneres, no teme al hombre: busca su compañía, reproduciéndose en o al lado mismo de sus viviendas, aún en lugares poco seguros para el ave y su cría (como en el caso del buzón para cartas).

2º — El aporte de materiales para el nido y construcción de éste es obra exclusiva del macho. (Creo recordar que con la especie común europea acontece lo mismo).

3º — La construcción del nido tarda de ocho a diez días.

4º — Cada nidada se compone de cuatro a cinco huevos, generalmente cinco.

5º — La incubación dura de doce a trece días.

6º — El desarrollo de los pichones, desde que nacen hasta que abandonan el nido, necesita diez y ocho días.

En cuanto a la forma, dimensiones y coloración de los huevos, han sido descritas más de una vez en EL HORNERO, lo mismo que la forma, materiales y dimensiones del nido. También en publicaciones del exterior se han ocupado del asunto distinguidos autores, von Ihering y Wetmore, entre otros. Creo ocioso, pues, repetir aquí lo que ya han dado a conocer hace tiempo observadores competentes.

---